

Discurso del Presidente de la República en Culto de Oración Evangélica por Chile y el Presidente
SANTIAGO, 18 de Marzo de 2000

Deseo expresar, en primer lugar, mis agradecimientos por este Culto de oración por el Presidente y la patria que ustedes han organizado. Mis agradecimientos en lo personal, el de mi esposa y el de mi familia.

Mis agradecimientos a nombre de mis colaboradores en el Gobierno y también, por cierto, de los demás poderes del Estado que están esta mañana acá en este Culto de oración.

Me impresiona ver reunidas a las distintas vertientes de los evangélicos chilenos en este Culto de acción de gracias. Qué duda cabe que es una expresión y un ejemplo que es posible y enriquecedora la convivencia en la diversidad.

Como Presidente, deseo hacer esta mañana un reconocimiento público a la importante labor que han desempeñado las Iglesias Evangélicas en nuestro país. Se ha hecho un recuerdo a lo relevante que ha sido su desempeño a lo largo de nuestra historia, desde aquellos primeros que, con el albor de nuestra Independencia, llegaron aquí a estas costas trayendo la fe y la percepción de los antecesores de ustedes.

Después fueron otros pastores y evangélicos que en el siglo pasado buscaron ensanchar el horizonte de la libertad de Cultos en Chile, a través de su ejercicio cotidiano, como fue Juan Bautista Canut de Bon. Luego vino ese tremendo esfuerzo de la sociedad chilena en la década de los 80, en el siglo pasado, que se expresó a través de las leyes laicas y que significó un esfuerzo importante por avanzar en la igualdad, en el derecho de cada hijo de esta tierra de poder profesar el culto en el cual él deposita su fe y para la cual es llamado.

Ustedes educan en los clásicos valores asociados a las distintas vertientes del cristianismo: la solidaridad, el amor al prójimo, la justicia y la paz. Nos unimos todos en el sueño por una sociedad mejor, a la medida de las necesidades de cada uno de nuestros hijos, una sociedad que respeta al prójimo, respetuosa, pacífica y justa, pero donde queremos que el progreso sea igual para todos.

Es a la luz de estos valores que ustedes predicán el evangelio. Pero es también a la luz de estos valores que inspiran la labor constante de tipo social, a través de un trabajo silencioso y permanente, para acoger, ayudar y orientar a miles de chilenos y chilenas, con múltiples problemas sociales. Allí está la labor de ustedes frente al alcoholismo y la drogadicción, frente a la violencia familiar y cómo orientar a los pequeños, cómo hacer más llevadero los últimos años de la vida de los adultos mayores y en tantos otros campos en donde nuestra sociedad requiere la voz de aliento que ustedes son capaces de dar.

Al mismo tiempo, ustedes realizan diariamente una función educativa en las distintas instancias de educación formal que mantienen a lo largo de nuestro territorio. Son valiosos y significativos los aportes a la comunidad, realizados muchas veces sin ninguna propaganda, en la convicción que así se sirve a Dios. En la tarea social se sirve también a la Patria y, todo esto junto, es lo que hace que Chile sea un país mejor.

Quiero aprovechar, entonces, esta oportunidad que ustedes me han dado al invitarme a esta celebración, para ratificar el compromiso de mi Gobierno de garantizar y respetar la libertad de conciencia y de igualdad religiosa en Chile.

La historia del pueblo chileno ha estado marcada por una sensibilidad espiritual y religiosa que vitaliza nuestra sociedad hasta el día de hoy. Como Presidente de la República siento el deber y la motivación de respetar y fortalecer esta característica; y de avanzar para que los diversos cultos que existen en nuestra Patria, tributarios de tradiciones hermanadas en la búsqueda de la dignidad de las personas, cuenten con las condiciones para desarrollar su labor y aportar al desarrollo social, espiritual y cultural de Chile.

Por eso, mi compromiso es que cada Iglesia tendrá un trato igualitario en su reconocimiento y acceso a los beneficios que el Estado otorga y una relación permanente y fluida con las autoridades de Gobierno.

Esta mañana ha habido algunas referencias al avance que ha significado principalmente la aprobación de la Ley de Igualdad de Cultos, gran progreso de nuestra legislación, logrado durante el mandato del Presidente Frei. Como siempre lo dije, esta ley es un avance importante, pero nunca se llega al final del camino. Siempre es posible seguir avanzando. Por eso digo, que aquí en este ámbito debemos considerar las distintas visiones y realidades que legítimamente puedan existir. Tenemos por delante la elaboración del reglamento de la Ley de Igualdad de Culto, que debe ser una expresión práctica del espíritu y del sentido que quiso dar ese cuerpo legislativo.

Por ello, me alegro enormemente de los consensos que hemos logrado en estos días y, cuando en las próximas semanas promulgue el reglamento, estoy cierto que interpretaré adecuadamente el sentir de ustedes y de cada una de las distintas denominaciones religiosas que existen en Chile, para dar un paso más en el sentido de la igualdad que tiene que haber en nuestra Patria.

Y esto significará, entonces, que esa igualdad se tiene que expresar también en las otras tareas cotidianas: cómo expresamos la igualdad de culto al interior de nuestras Fuerzas Armadas; cómo lo hacemos en nuestros hospitales y cárceles, donde ustedes quieren llevar una palabra de alivio; cómo lo hacemos en aquel apoyo que puede dar el Estado a las tareas de acción social que se reflejan en las mil instituciones que tienen.

Amigas y amigos:

El pluralismo y el reconocimiento de la diversidad son las improntas de este nuevo siglo. De ahí el carácter ineludible de nuestro respeto por los distintos cultos, que en conjunto representan parte de nuestra identidad como Nación.

Ello nos convoca a hacer de Chile un país que no le teme a su diversidad, sino que la valora, que se siente orgulloso de todos y cada uno de sus hijos, pero reconozcamos también que la diversidad se da en nuestra Patria no sólo en el ámbito religioso, tenemos una diversidad que también nos enriquece desde el punto de vista de las etnias y los distintos sectores que han ido conformando a la sociedad chilena. Hay una diversidad en aquellos que son originarios de esta tierra antes de la llegada del hombre

de Europa, y hay una diversidad que se ha enriquecido con aquellos que han llegado allende los mares.

Cómo aprendemos también a no discriminar entre ellos y a entender que debemos respetar esa diversidad cultural porque es parte de nuestra propia riqueza como país. Respetar esa diversidad no es sólo porque nos interesa preservar la cultura de la etnia originaria. Respetar esa diversidad es parte también de mantener la riqueza de los 15 millones de chilenos, que nos enriquecemos cotidianamente con esa cultura, de igual manera que nos enriquece cotidianamente las distintas percepciones religiosas que hay en Chile.

Esa diversidad ha conducido a veces en nuestra Patria a discriminación. Ustedes la han conocido en su desarrollo a lo largo de la historia. No queremos discriminación religiosa, no queremos discriminación de nuestras etnias, no queremos tampoco otras formas de discriminación que se dan en las desiguales oportunidades que tienen nuestros hijos para enfrentar las tareas que la vida les depara.

Aquí, esta mañana, escuchamos que con la oración se pueden derribar muchas fortalezas. Hay también otras fortalezas, las fortalezas que implican la desigualdad para unos respecto de otros, las fortalezas que significa todavía el que exista discriminación de unos respecto de otros. Yo los quiero invitar para que, con su oración y con su acción, nos ayuden en las tareas de Gobierno para ayudar a derribar también esas otras fortalezas, para hacer de Chile un país más homogéneo y más hermano; para hacer de Chile un país que deja paso a una sociedad dividida y que avanza a encontrar el sentido profundo del alma de Chile; una oración con que sea posible, entonces, ayudar a todos los chilenos a encontrar ahora un camino de unidad y convergencia, en el inicio de este nuevo siglo. Los invito, en suma, a orar también por un Chile que diga no a la discriminación, sí al respeto al prójimo, sí a que todos tengan un lugar bajo este cielo y que el Sol nos ilumine a todos con igual intensidad.

Quiero, entonces, concluir invitándolos a hacer realidad este desafío, a sumarse a un esfuerzo común para reafirmar entre nosotros los valores del respeto al prójimo, la pluralidad y el respeto a la diversidad. Nosotros, desde el Gobierno, nos comprometemos a hacer nuestra parte. Estamos ciertos que vamos a contar con la colaboración y la confianza de las diversas Iglesias, de sus fieles y de toda la ciudadanía, para poder tener, en el inicio de este nuevo siglo, un siglo que nos permita mirar con optimismo los desafíos del futuro. En donde, cada hijo de esta tierra se sienta con el mismo derecho para practicar su fe, ir a su Iglesia e invitar a otros a compartir con ellos su fe. Es el respeto que todos nos merecemos y por el cual hemos dado una larga lucha.

Muchas gracias.